



Los católicos y la Iglesia ante las discusiones sobre el aborto en Argentina (2018): un enfoque sociológico

Por Verónica Giménez Béliveau*

¿Qué tienen que ver las religiones en la discusión sobre la posibilidad de legislar sobre cuestiones que se refieren al principio y al fin de la vida, como la despenalización del aborto o la ley de los derechos del paciente, que se han ido instalando en el espacio público? Mucho, sin duda. El discurso religioso, con su carga de valores, es uno de los más escuchados a la hora de hablar del origen y del fin de la vida. Pareciera que en el debate sobre el sentido de la vida, de dónde venimos y hacia dónde vamos, la religión, que ya no es la organizadora central de la vida social, tuviera un lugar de privilegio, más que otros discursos que regula, sin embargo, nuestra vida contemporánea con más fuerza. Así, convocados por políticos, funcionarios y decisores, los especialistas religiosos (sacerdotes, pastores y pastoras, rabinos y rabinas, imames) se hacen oír en la discusión pública sobre estos temas (Esquivel, Vaggione, 2015).

Si enfocamos el espacio del catolicismo, vemos que suele atribuirse a la Iglesia un poder de influencia ineludible a la hora de discutir ciertas políticas. La Iglesia católica funcionó como uno de los actores principales que obstaculizaron el debate público sobre el aborto. Esta posición marca una tendencia que se puede rastrear a lo largo del siglo XX: la defensa del matrimonio indisoluble entre varón y mujer llevó a la institución a objetar la sanción de la ley de divorcio en 1987 y de matrimonio igualitario en 2010; la oposición sistemática a las leyes de educación sexual y reproductiva (2002) logró frenar la distribución de métodos anticonceptivos gratuitos en hospitales y clínicas.

En Argentina el catolicismo es mayoritario: el 76,5% de la población es católica, el 9% es evangélica y el 11% no se identifica con ninguna religión (Mallimaci, 2013). Como todos los universos de creencias, el catolicismo es un mundo plural, en el que caben desde posiciones

pro-despenalización del aborto, como las *Católicas por el Derecho a Decidir* [<http://catolicas.org.ar>], hasta los grupos pro-vida que se han activado en los últimos tiempos. La gran mayoría de los católicos reclaman autonomía para sus decisiones personalísimas, y se encuentran con sacerdotes y religiosas que ante sus demandas ponen en práctica un amplio rango de acciones que van de la contención y la escucha a la culpabilización y la acusación. En este contexto, el apoyo activo a la ley de despenalización del aborto ha crecido exponencialmente sobre todo entre las más jóvenes, que reconociéndose católicas, reivindican su derecho a tomar sus propias decisiones sobre su sexualidad y cuándo y cómo ser madres (Giménez Béliveau, Irrazábal, 2010).

La fuerte movilización colectiva a favor de la despenalización del aborto encontró a las jerarquías la Iglesia católica, contraria al aborto doctrinaria, filosófica y moralmente, emitiendo en principio declaraciones públicas moderadas. En su comunicado del 20 de abril, luego de afirmar claramente la "defensa de toda vida" los obispos agrupados en la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) sostiene que "en nuestro ánimo está no condenar a nadie, sino entrar en un diálogo razonable sobre la cuestión de la vida. Hemos hecho poco por la protección de la mujer que atraviesa esta situación".

[https://www.youtube.com/watch?time_continue=3&v=JeK6tdUjy2k]. Con el pasar de los días la posición de las jerarquías se endureció: el obispo de Tucumán en la misa el domingo antes de la votación en diputados mencionó por su nombre a cada uno de los diputados de su provincia instándolos a votar en contra de la ley de despenalización, y se celebraron misas masivas por la vida en distintas catedrales del país (Prieto, 2018). La intensificación de la disputa pública y la presión de los grupos alineados con posiciones pro-vida llevaron al endurecimiento del discurso de las jerarquías episcopales.

Más allá de las declaraciones episcopales, la enorme mayoría de quienes se declaran católicos reclaman posiciones propias, que a la institución le cuesta controlar.

Más allá de las declaraciones episcopales, la enorme mayoría de quienes se declaran católicos reclaman posiciones propias, que a la institución le cuesta controlar. Así, se han organizado desde los años 2000 minorías activas en contra de la despenalización del aborto. Diversos grupos, ligados al catolicismo pero sin formar parte de las estructuras formales de éste, con estrechos vínculos con grupos evangélicos, se congregaron bajo el símbolo del pañuelo celeste y el lema "Salvemos las dos vidas". En 2018, desde el 25 de marzo -declarado día del niño por nacer en los años 1990- se realizaron manifestaciones en contra del proyecto de ley con participación de católicos y evangélicos. Además de pancartas y carteles, un feto gigante de cartapasta se volvió el símbolo del movimiento, y recorrió distintas ciudades del país.

Las jerarquías eclesiásticas y numerosos sacerdotes y religiosas felicitaron a los "católicos que luchan por las dos vidas", pero se negaron a ser asociados a los discursos extremos de estos grupos. Para prueba basta una anécdota: los organizadores de la manifestación en la ciudad de Buenos Aires fueron a ver al arzobispo, Mario Poli, para pedirle el apoyo de la Iglesia. El

arzobispo les pidió que moderaran sus consignas, pero ellos no aceptaron. La Iglesia finalmente no respaldó institucionalmente la manifestación.

Estos grupos fueron profundizando su identidad y autonomía a medida que la discusión sobre el aborto ganó relevancia pública: crecieron como reacción al activismo pro-legalización. El pañuelo celeste prospera indisolublemente ligado a la visibilidad de la lucha del pañuelo verde.

La opinión mayoritaria de la sociedad argentina revela la autonomía de conciencia y decisión, y la toma de distancia sobre los postulados doctrinarios de las instituciones religiosas.

Más allá las minorías activas, la mayoría de los fieles toman cada vez más distancia de los postulados institucionales. O, con mayor precisión, organizan estos postulados según reglas propias, que pueden coincidir con las de la institución, o no (Hervieu-Léger, 1999). Más del 70% de los argentinos y argentinas se relaciona con Dios por su propia cuenta o no se relaciona. El 75% va a las ceremonias de su culto de vez en cuando o nunca: los creyentes viven la religión a su manera, y prefieren relacionarse con Dios sin intermediarios, y el 70% considera que los hijos deben ser libres de elegir sus propias creencias. Para la enorme mayoría de los argentinos, los hospitales deben entregar gratuitamente métodos anticonceptivos (93%) y las escuelas deben enseñar educación sexual (92%) (Mallimaci, 2013).

La autonomía del individuo, uno de los más firmes legados de la modernidad a la subjetividad contemporánea, puede ser vista en relación con el catolicismo en dos planos: el cambio de las configuraciones familiares y la disminución de los agentes eclesiásticos

especializados para garantizar el apego a las normas. En primer lugar, las formas de vivir los vínculos afectivos, sexuales y familiares se han transformado profundamente en los últimos 70 años: la posibilidad de divorciarse, el matrimonio para todos, las madres solas, las familias reconstituidas y ensambladas, forman parte hoy del paisaje cotidiano, incluso dentro de las iglesias y los templos. En segundo lugar, aquella gran red de personal especializado - sacerdotes y religiosas- que aseguraban el control doctrinal de la población no deja de descender: desde 1960 hasta 2010 el número de personal religioso en la Iglesia se redujo un 23% (Giménez Béliveau, Irrazábal, 2010). Hoy en Argentina encontramos aproximadamente un sacerdote cada seis mil habitantes, y todo hace pensar que esta tendencia se reducirá aún más en los próximos años, lo que contribuiría a relajar aún más los intentos de control por parte de la Iglesia sobre los comportamientos sexuales y reproductivos de la población.

La opinión mayoritaria de la sociedad argentina revela la autonomía de conciencia y decisión, y la toma de distancia sobre los postulados doctrinarios de las instituciones religiosas. Para ellas y ellos, su salud reproductiva es una cuestión de salud pública, más allá o más acá de sus creencias y les parece más pertinente discutirla con médicos y agentes de la salud que con sacerdotes.

La estrategia de la Iglesia católica frente a la eventual despenalización del aborto en Argentina parece consistir en proclamaciones colectivas públicas marcadas por la prudencia y una relativa libertad de acción hacia abajo: las declaraciones de católicos a favor y en contra de la ley lo prueban. Las leyes de patria potestad compartida (1985), divorcio (1987), cupo femenino (1991), matrimonio igualitario (2010), identidad de género (2012) marcaron un camino virtuoso de progresiva ampliación de derechos: la legalización del aborto se inscribe en este camino. Y la Iglesia, como lo viene haciendo desde hace más de 20 siglos, se adaptará a los cambios de la sociedad, o se condenará a ser un grupo minoritario que predica para unos pocos seguidores.

Bibliografía

Esquivel, Juan Cruz, Vaggione, Juan Marco (2015). *Permeabilidades activas. Religión, política y sexualidad en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Biblos.

Giménez Béliveau, Verónica & Irrazábal, Gabriela (2010). "Católicos en Argentina: hacia una interpretación de su diversidad", *Sociedad y Religión* 32/33, pp. 42-59.

Hervieu-Léger, Danièle (1999). *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*. Paris : Flammarion.

Mallimaci, Fortunato (dir.) (2013). *Atlas de las creencias y las prácticas religiosas en Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

Prieto, Sol (2018). "Una sociedad más laica". *El Dipló* n° 230, agosto 2018.

*** Verónica Giménez Béliveau. Investigadora independiente CONICET. Coordinadora Programa Sociedad, Cultura y Religión CEIL-CONICET. Profesora UBA**